

Los jóvenes editores hacen la revolución

España, el país que envejece, ha registrado sin embargo un peculiar *baby boom* editorial. En los últimos tiempos, decenas de jóvenes letrados y valientes se han animado a crear una editorial desde la nada, y al hacerlo, y al ser muchos, han revolucionado el panorama editorial. ¿Cómo son? ¿A qué aspiran? Por favor, sigan leyendo.

Eva Orúe

Jóvenes, hemos escrito, y casi nadie nos llevará la contraria, aunque quizá lo primero sea preguntarse si a los 35 años, que es la edad en la que hemos fijado el fin de la inocencia, uno sigue siendo joven. "Me temo que sí (ay, qué mundo nos ha tocado...)", contesta Rubén Hernández, *alma pater* de Errata Naturae: el *alma mater* es la también muy joven Irene Antón.

Pero no todos están de acuerdo, o resignados. "Hoy en día nadie es joven a los 35 —dice Talía Luis, de Ediciones Escalera—. Ni a los 34. Estamos viviendo un relevo generacional de la edición en España. Los "nuevos", los "jóvenes" podemos parecer más nuevos y jóvenes en comparación con la antigua generación, pero esto es tan obvio que resulta sonrojante: "Creo yo que la edad no importa para ser editor. Los jóvenes lo único que pueden tener es una gran ilusión y ser más confiados;" tercia Clea Moreno Szypowska, de Eutelequia.

Entre las personas cuya colaboración requerí para este reportaje estaban Claudia Casanova y Joan Eloi Roca, fundadores de Ático de los Libros y de Principal de los Libros. Me dijeron que habían pasado (por poco, subrayaron) el límite marcado... y también algo que viene al pelo en este momento del reportaje: "Cuando empezamos teníamos exactamente 35 años y más de diez años de experiencia profesional a nuestras espaldas, así que no éramos precisamente jóvenes." La respuesta tiene su aquel.

Quizá entonces, y visto su éxito, la pregunta correcta sea si la juventud es un valor en sí misma... "De entrada, es un motivo para hacer más entrevistas (como ésta)"

responde, irónica, Ana S. Pareja, de Alpha Decay. Y Miguel Lázaro, de Cabaret Voltaire, mira a su alrededor: "No sólo en el mundo de la edición".

Aquí tampoco hay unanimidad. Lo más curioso es que, aduciendo las mismas razones, unos concluyen que sí, y otros que no. Entre los de "que sí", alguien que ya está pero todavía no ha llegado porque su editorial, Automática, se estrena ahora en febrero. Se llama Darío Ochoa: "Es un valor por la innovación y la asunción de ciertos riesgos que, desde la perspectiva del joven, resultan menos graves. Si tienes casi cuarenta años de vida profesional por delante te puedes permitir la temeridad de hacer aquello en lo que crees y que te gusta, aunque eso pueda significar un fracaso puntual." Entre los de "que no", Diego Moreno, de Nórdica, si bien admite que la juventud "ayuda a ser más apasionado (y a veces inconsciente) en lo que haces, y esto es algo muy importante en el mundo del libro." Y para contentar a todos, Marcus Versus, de Ya lo dijo Casimiro Parker: "Las ganas de agitar el mundo es el principal valor, y está muy ligado a la juventud (aunque no a los años)".

Novísimos tradicionales

Jóvenes, pues. Pero —les desafiamos— editáis a la vieja usanza, en papel. "El papel sigue estando a la última —casi adivinamos la sonrisa de Pareja—. ¿Te has fijado en el aspecto de mando de vídeo VHS que tiene un Kindle? Los *readers* han nacido viejos." "Entonces —la secunda Moreno Szypowska—, un joven escritor que use las palabras es también a la vieja usanza."

También Talía Luis recurre al humor: "Agradecemos a los dioses de la imprenta no tener que defendernos por eso. No tenemos excusa alguna. Preferimos una comida a fuego lento, charlar en persona con la gente, escuchar música en vinilo, leer libros en papel. Todas las demás opciones son igual de defendibles o de acusables, pero ésta es la nuestra." Darío Ochoa se defiende atacando: "Editar en papel no es sinónimo de anquilosamiento. La innovación en el libro como objeto está a la orden del día y se puede comprobar en materia de diseño y empleo de materiales, en las nuevas traducciones, que muchas veces acercan magníficas obras al lenguaje actual y a sus usos, o en la importancia que adquieren las introducciones o prólogos, para los que se busca la colaboración de expertos o personalidades del mundo de las letras".

Otra crítica posible: sois jóvenes-jóvenes, pero sobre todo editáis autores antiguos...cuyas obras no pagan derechos. ¿Argumentos?

"Cuando creas una editorial (sin ser rico) sueles pedir un crédito al banco —explica, cargándose de paciencia, el editor de Nórdica—. Con ese dinero tienes que mantener la editorial al menos uno o dos años. Los autores clásicos tienen dos ventajas: son textos fundamentales, a los que siempre hay que volver, y además no tienen derechos. Lo importante es dar el salto, aunque sin abandonar esos textos clásicos, a los autores más importantes de las últimas décadas, y, más adelante, descubrir nuevos autores. Esto último es posible si has creado un catálogo coherente y de gran potencia, de manera

que si publicas a un autor desconocido digan "algo debe tener si está en un catálogo en el que han publicado a diez premios Nobel de literatura", ¿no?":

Va a ser que sí. "Es más barato –admite Talía–, en ocasiones. Los textos viejos han pasado la prueba del tiempo, y permanecen. Es más seguro, pues, que responda con las expectativas que cada cual tenga en la calidad de su catálogo." Ellos, como casi todos, combinan textos más o menos "viejos" no publicados en España o descatalogados y otros que "es la última noticia que tenemos, siguen vivos y escribiendo".

Pero es que, además, no es esa una decisión que les corresponda por entero. Donatella Iannuzzi, de Gallo Nero, cuenta que ha pedido más derechos de los que finalmente obtuvo. ¿Por qué? "Porque los editores pequeños que llevan poco tiempo en el negocio tienen todas la de perder. Es decir, si yo pido derechos para una determinada obra y para la misma obra los pide otra editorial más veterana o más grande lo normal es que tenga la guerra perdida. Es más, mi oferta, muchas veces, lo que hace es hacer subir la de otros editores para adjudicarse algo que de todas formas ya tenían ganado."

Asegura Donatella que si recupera textos del pasado es porque forman parte de nuestra historia, la conmueven y la hacen vibrar. Y es que esta generación no reniega de sus mayores, al revés, agradece la herencia recibida gracias a la labor de editores como Jorge Herralde o Manuel Borrás, Feltrinelli, Gallimard, Einaudi o Hubert Nyssen...

"Me gustaría poder decir, como Marco Aurelio, que aprendí de mi abuelo Vero el buen carácter, la serenidad y la firmeza; de mi bisabuelo Catilio, a evitar las escuelas y a servirme de buenos profesores en casa; de Diogneto, a alejar y contener las preocupaciones inútiles; de Rústico, a no pasear con toga siempre que no sea estrictamente necesario... ¿Se me permite –pregunta Rubén Hernández– considerar a la familia de Marco Aurelio mis mayores?" Permitido, aunque no sabemos si es tan bueno como parece. "De mis mayores he aprendido a ser paciente y reflexivo –dice Miguel Lázaro–. Y, sobre todo, a no fiarme de mis mayores."

A aprender y a seguir. La expresión es de Marcus Versus, y probablemente todos podrían suscribirlo, como podrían suscribir lo contrario: a no hacer y a frenar. Porque tan

claro como lo positivo, tienen lo negativo, es decir, aquello que sus mayores han hecho y ellos no querían repetir. "No quiero convertirme en una cínica engullida por el negocio. Me gustaría seguir sintiendo interés por lo que hace la gente de 20 cuando tenga 60" (Ana S. Pareja); "Olvidar el pasado. Obstaculizar el camino. Contar batallitas. Sentirme superior. Echar mano de nombres archiconocidos para demostrar cuán importante soy. Lo hacen mis mayores, mis menores, mis iguales y probablemente yo también, pero preferiría adquirir la destreza de reconocerme por mi trabajo" (Talía Luis).

En cualquier caso, a nadie se le ocultan las diferencias enormes que hay entre su trabajo y la labor de los editores-referencia. De entrada, y aunque esto no es novedad absoluta, tratan de crear alianzas en lugar de enemistades, se organizan, actúan juntos. Por otra parte, casi todos son capaces de, y están obligados a, hacer de todo: maquetar, corregir, editar, hacer paquetes, visitar librerías, llevar el servicio de prensa, comprar y vender derechos... "Algunos editores de la "vieja escuela" eran muy buenos en el trabajo de edición –dice Diego Moreno–, pero necesitaban de grandes estructuras para que la editorial funcionase." Desde luego, los tiempos, las costumbres y las tecnologías han (y nos han) cambiado.

Solos o en compañía de otros

Llegados a este punto, caemos en la cuenta de que todos los editores con los que hemos hablado, además de tener poca edad, tienen una editorial propia. Pero también los hay trabajando en complejas estructuras editoriales. Nos preguntamos si un joven que edita en un sello grande es viejo por definición...

Permítanme que, por segunda vez, abra un paréntesis. Cuando le planteé la cuestión al mentado Joan Eloi Roca, del que dije más arriba que fundó su editorial tras 10 años de experiencia y, añadido ahora, de experiencia en un grupo grande (Planeta), me dijo: "Viejo no, pocos jóvenes (de hecho, ahora mismo casi nadie) tienen el dinero suficiente para montar una editorial. Así que qué mejor que aprender el negocio y ahorrar un poco a costa del dinero de los demás." Es una forma de verlo. Fin del paréntesis.

Para el resto, la respuesta, previsible, es que no. "Ni mucho menos, si conserva su entusiasmo, no tiene miedo a arriesgarse

y se implica en su trabajo tiene todos los rasgos de un editor joven. Otra cosa –faltaba un "pero," y Ochoa lo pone– es que aun teniendo esa actitud no disponga de libertad de actuación." Desde luego, trabajar *empotrado* en una estructura ya muy consolidada debe tener ventajas e inconvenientes, o se supone Talía Luis: "Tendrá más cortapisas, supongo, y también tendrá una nómina. Pensándolo un poco, tal vez sea el mejor camino para introducirse en el mundo de la edición. Una vez se haya obtenido la experiencia, se puede salir más blindado al mundo editorial, con más conocimientos, habiendo ensayado más, fracasado más, triunfado más. Escalera empezó en el sótano y tuvimos (estamos teniendo) que aprender a fuerza de sorpresas, de errores, de otros."

Todos conocen a alguien que, a pesar de los corsés que esos sellos mastodónticos imponen, hace un trabajo excelente. Por no hablar de que, como señala Miguel Lázaro "hay editoriales independientes que son mucho más rancias que un sello grande." O de que, y es Ana S. Pareja quien lo dice, "hay editores viejovenes en las pequeñas editoriales." O de que, expone Rubén Hernández, "los que montamos nuestro propio chiringuito, al menos en este sector, envejecemos mucho más rápidamente."

Por último, y por tratarse de jóvenes entre los 28 y los 35, hay una pregunta que no hemos querido evitar: ¿qué queréis ser de mayores? Sorpresa, no todos dan la respuesta esperada: editor, o editora. Sólo Donatella ("Quiero ser editora, si fracaso me iré a algún sitio perdido y tocaré mal, como la toco, la flauta travesera"), Clea ("Quiero ser una buena editora, en la que puedan confiar los escritores y los lectores. No decepcionar a ninguno de los dos lados."), y Diego ("Me gustaría seguir haciendo este trabajo, con más comodidad y menos presión, pero sin cambiar esa parte de artesano de la que disfruto ahora mismo.").

Ana vislumbra un futuro en el que podría ser "¿escritora?"; y los interrogantes son suyos. Darío sueña con ser "bombero o astronauta." Y Rubén, con llegar a "leñador. Y en su defecto, veterinario rural." Marcus Versus daría algo por, de mayor, ser "joven," Talía aspira a convertirse en una "vieja satisfecha," y Miguel ni lo piensa: "Ahora no me preocupa." Ahora, editar es lo suyo. Y crecer como editores. En ello están.